

solitario de San Ildefonso. Si Felipe II hubiera muerto viviendo su padre, como Luis I, ¿quién sabe si el cenobita del monasterio de Yuste habría vuelto a ceñir la corona, como el anacoreta de la colegiata de la Granja?

No olvidemos tampoco que Felipe de Borbon no estuvo solo en la soledad. Acompañábale, ó por virtud ó por cálculo, la reina Isabel Farnesio, que dominaba su corazón y su voluntad, no desnuda como él de ambición, ni desahogada como él al mando, madre de hijos para quienes soñaba tronos, y que si una vez no había sido bastante fuerte para contrariar y detener un acceso de misantropía de su marido, no era mujer que renunciase á la idea ni desaprovechase ocasión de volver á ocupar el sòlio de donde por su voluntad no habría descendido. Dejóse esta ocasión, asíola Isabel, y Felipe no contradecía á la reina sino cuando le embargaba todos los afectos de la melancolía.

Menos parecía concertarse aquel desprendimiento de las cosas y de las grandezas humanas, aquel amor al retiro, aquella austeridad religiosa, aquellas protestas de querer pensar solo en el cielo, con los dispendiosos gastos para hacerse una fastuosa vivienda, una mansión de recreo exornada con todo lo que la naturaleza, el arte y el mas refinado gusto pudieran ofrecer de mas halagüeño á los sentidos, si quiera se invirtiesen en ello enormes sumas. Buscábase al ermitaño entre rocas y grutas, y se encontraba al príncipe entre templetas y flores. Parecía haber querido hacer otro Escorial, é hizo un Versalles. Pensó imitar la vida cenobítica de Felipe II, y demostró que había sido educado en la fastuosa corte de Luis XIV.

Tampoco podemos dejar de observar que ni para el acto de la abdicación ni para el de volver á tomar la corona pidiera el beneplácito, ni siquiera el parecer de las córtes del reino, ni aun las convocara para participarles resolución tan grave. Lo primero lo hizo de propia cuenta, para lo segundo consultó solamente con consejeros y teólogos. Extraña y censurable omisión en quien había reconocido la necesidad de congregarse el reino para hacer ante la asamblea de la nación la renuncia de la corona de Francia, y para variar la ley de sucesión á la corona de Castilla. El que había sido llamado á ser rey de España por el solo testamento de Carlos II volvió á serlo por el solo testamento de Luis I. La nación calló y consintió en uno y otro caso. Tales eran ya nuestras costumbres políticas.

V

Pasa el brevísimo reinado de Luis I de Borbon, tan fugaz como el de Felipe I de Austria. La poca huella que aquellos dos príncipes dejaron se manifiesta bien en el hecho de entenderlos truncando la cronología.

En este segundo reinado de Felipe V su política exterior, ó mejor dicho, la política de Isabel Farnesio es la política de una agenciosa madre de familias. Con tal que asegure una hijuela para sus hijos en Italia, eso le importa aliarse con los príncipes enemigos como enemistarse con los aliados. Nadie se imaginaba que abierto un congreso europeo y contando con potencias amigas y mediadoras, hubiera de negociar secreta y privadamente la paz con el emperador, el enemigo irreconciliable de España y de la dinastía hacia veinticinco años. Solo pudieron hacer esto una reina como Isabel de Parma, y un negociador como el que le deparó la suerte en el baron de Riperdá, aquel famoso holandés, que profesó todas las religiones sin creer en ninguna, fabricante de manufacturas y de enredos diplomáticos, confidente y espía de tres naciones á un tiempo, uno de los embaidores de mas ingenio y travesura, pero tambien el mas arrogante y jactancioso, y el mas imprudente, ligero y voluble que ha venido al mundo. Este insigne cabalista ajustó en Viena el tratado de paz entre España y el Imperio, con el cual tuvo el don de enojar á Francia, á Inglaterra, á Holanda, á Cerdeña, á las repúblicas italianas, á los príncipes del imperio germánico, al pontífice y al turco, pero que valió á Orendain el título de marqués de la Paz, y á él el de duque y grande de España.

¿Qué importaban á Isabel Farnesio las indiscretas, peligrosas y comprometidas condiciones de los tres tratados de Viena, si se estipulaba que su hijo don Carlos podía ir á tomar

posesion de los ducados de Parma y Plasencia, si la halagaban con la esperanza de casarle con la princesa archiduquesa de Austria, y si al decir de Riperdá iban España y Austria á ser otra vez señoras del mundo, aunque el mundo todo fuera contra ellas? ¿Qué le importaba que Francia ofendida hiciese á España el afrentoso desaire de devolverle la infanta que había ido á ser esposa de su rey? ¿Que Inglaterra, indignada de lo estipulado contra ella en los artículos secretos, aparejara escuadras contra España, y las enviara al Mediterráneo y á las Indias? ¿Que la república holandesa, resentida de la cláusula concerniente á la Compañía de Ostende, se alarmara y protestara contra los tratados? ¿Que Prusia entrara en celos, que se conjurara Europa, y que contra la alianza de Viena se formara la confederación de Hannover? ¿Qué paz era aquella que provocaba una guerra universal?

Y sin embargo el funesto negociador venia á Madrid, y era saludado con plácemes y recibido con hosannas como un salvador providencial de reyes y de reinos, y llevábanle á habitar dentro de la mansión régia, y hacíanle primer ministro, y le iban agregando ministerios, despojando á otros hasta hacerle ministro universal. Íbase descubriendo que el gran pacificador no era sino un tramoyista, que el hábil diplomático no era sino un fecondo fabricante de embustes, que el ingenioso concertador de alianzas políticas y de contratos matrimoniales no era sino un zurcidor de grandes enredos, y un desconcertador de amistades y de enlaces. Con la venida del embajador imperial descubrióse que el ponderado reconciliador de las dos cortes había sido un engañador solemne de ambas, asegurando á la de Madrid lo que la de Viena no había prometido realizar, y ofreciendo á la de Austria lo que la de España no podía cumplir. Estrechado por los embajadores de las potencias lastimadas, envolvióse en una red de contradicciones, que mas parecían desconcertadas evasivas de un jóven atolondrado cogido en un delito que su aturdimiento no acierta á disculpar, que respuestas y explicaciones de un hombre serio, cuanto mas de un hombre de Estado. Las potencias ofendidas se admiraron de haber tenido que confederarse formalmente para deshacer la trama forjada por un desjuiciado: el emperador se asombró de haber variado su política de veinticinco años por arte de un embaucador, y Felipe V de España se avergonzó de haber puesto en manos de un loco la suerte de su reino. Y aunque Isabel Farnesio todavía en su interior se felicitaba de una locura que favorecía al porvenir de sus hijos, ya no pudo evitar la caída de aquel hombre extravagante, reclamada por el interés de toda Europa y por el decoro del trono español.

El fin que tuvo Riperdá correspondió á su género de vida. Refugiado en la embajada inglesa, sacado violentamente por el rey de aquel asilo, encerrado en el alcázar de Segovia, fugado dramáticamente de la prisión, errante por Europa, repelido por todas las naciones sin encontrar un pueblo que quisiera albergarle, protestante en Holanda, católico en España, musulman en África y apóstol de una nueva secta musulmana, allá murió, no sabemos si católico, si protestante, si mahometano.

Lo peor fué, por extraño que parezca, que su política sobrevivió á su descrédito; que el gran fascinador salió de Europa detestado y escarnecido, pero dejó la Europa conmovida con sus últimos tratados y alianzas, y dividida en dos grandes bandos; que las potencias todas continuaron adhiriéndose, las unas á la alianza de Viena, las otras á la liga de Hannover, y preparándose á una lucha gigantesca; que en España siguió prevaleciendo la influencia y la amistad del Austria; que á ella sacrificó Isabel Farnesio los hombres, los tesoros, las naves y los ejércitos de España; que por ella consintió en envolverse en una guerra marítima con Inglaterra, costosísima y fatal á ambas naciones; que por ella se emprendió el segundo sitio de Gibraltar, tan malhadado y tan desastroso como el primero. ¿Cómo hemos de dejar de aplaudir el buen deseo de la recuperación de Gibraltar? Pero el verdadero patriotismo, la política acertada y prudente de los reyes y de los gobiernos no consiste en que sus intentos sean justos, y convenientes sus empresas, sino en el tiempo y la sazón de acometerlas, y en la posibilidad de llevarlas á buen término. Con

la indiscreción de un hombre presuntuoso é inexperto obró en 1727 el conde de las Torres, aconsejando el sitio, y soñando facilidades, que á todos menos á él se representaban imposibles. Con obcecación igual á la de 1705 procedió Felipe V en 1727, creyendo ahora al de las Torres como entonces al de Villadarias, mas que á los consejos y al parecer unánime de todos los demás generales. En el segundo como en el primer sitio de Gibraltar se ganó la gloria del valor y la constancia; se sacaron pérldas lamentables y se recogieron los desengaños de la imprudencia.

El fuego de la guerra entre Inglaterra y España, cuya tea había sido puesta por la atrevida mano de Riperdá, amenazaba extenderse al Centro, al Norte y al Mediodía de Europa. Estremeció á toda Europa esta idea; vióse el peligro de destruir el equilibrio europeo; un cardenal ministro, no inmortal como Dubois, ni belicoso como Alberoni, mas anciano que ambos, de mas talento que el uno, aunque acaso de menos capacidad que el otro, con otro género de ambición que los dos, el cardenal Fleury, ministro de Luis XV, se ofreció á ser mediador entre Austria y las potencias marítimas, y tuvo la fortuna de concertar los soberanos y los embajadores de todas hasta suscribir unidos los preliminares de la paz. Las dificultades, los reparos vinieron solamente de España, de la nación mas trabajada por las guerras. Grande esfuerzo fué necesario para arrancar la conformidad y el *ultimatum*, no al rey, que hipocondríaco y enfermo pensaba mas en la iglesia de la Granja que en Gibraltar y en las Indias, sino á la reina que lo dirigía todo, y al marqués de la Paz, su primer ministro, que por una singular contraposición el único ministro que llevaba el título de la paz era el mas empeñado en la guerra. Orendain había sido el único colaborador de Riperdá en la alianza de Viena: Orendain era el que dirigía la corte y la política española, segun la política iniciada por el funesto Riperdá. Se había anatematizado al autor, y se tomaban por texto sus obras. Al fin, aunque con repugnancia, se firmó por los representantes de las cinco potencias el Acta del Pardo, que produjo el congreso europeo de Soissons.

Otro congreso como el de Cambray. Reclamaciones y disputas, poca avenencia, muchas formalidades y reglamentos, no pocos banquetes y fiestas, y ninguna resolución. El congreso de Soissons concluyó por dispersarse los plenipotenciarios, y por no saberse si la asamblea se celebraba en Soissons, en París, ó en ninguna parte. Las dos cuestiones capitales, causa tambien principal del desacuerdo, fueron dos cuestiones españolas: la reciproca indemnización entre Inglaterra y España de presas hechas en la guerra, la de los ducados de Parma y Toscana para el infante don Carlos, hijo de los monarcas españoles, el sueño dorado de Isabel Farnesio. Quería Isabel guarnecer inmediatamente aquellos dominios con tropas españolas; resistió el emperador. Bastaba esto para romper, ó por lo menos sobraba para enfriar la amistad entre las cortes de Madrid y Viena, y la obra de Riperdá amenazaba deshacerse sin que España hubiera recogido de ella otro fruto que una guerra con la Gran Bretaña, ni Europa otro provecho que haberse conmovido, y vivir en una situación indefinible, ni bien de guerra, ni bien de paz, en un estado de alarmante incertidumbre.

De aquella nueva desavenencia entre España y el Imperio, de aquella insistencia de la reina española en enviar guarniciones de tropas de su reino á Parma, discurrió sacar partido el gobierno británico, habitualmente especulador, dando gusto á la reina á fin de sacar beneficios para el comercio inglés. ¿Qué importaba á la Gran Bretaña contrariar al emperador introduciendo guarniciones españolas en Italia, si de ello reportaba la nación inglesa ventajas mercantiles? ¿Y qué importaba á la reina de España dejar otra vez la alianza de Austria por la de Inglaterra, si así lograba la mas pronta colocación de su hijo don Carlos en Parma y Toscana? Cada cual iba en pos de su particular interés, y en él se basaban entonces los tratados; y en él se cimentó el de Sevilla entre Inglaterra y España; y á él se adhirió la Francia, porque el cardenal Fleury, pacífico de suyo, deseaba reanudar las amistades de las dos monarquías borbónicas, y que le dejaran vivir y ser ministro con tranquilidad. ¿Cuánto sufrió la impa-

ciente Isabel Farnesio al ver por mas de un año la inacción y la apatía de sus nuevos aliados en ayudarla á la expedición de los seis mil españoles á Italia, que habían de facilitar la posesion de aquellos ducados á su hijo! ¿Qué de zozobras no la atormentaron viendo el misterioso manejo de las cortes amigas, la inutilidad de sus reclamaciones, de sus embajadas, de sus gestiones apremiantes! Al fin, merced al interés que en ello tenia la Gran Bretaña y á su oportuna mediación con el emperador, la solicita y agenciosa madre logra que su hijo tome posesion de la ansiada y disputada herencia de Parma y Toscana. Isabel Farnesio satisfizo su ambición, y solo entonces pudo darse por terminada la cuestión y la lucha de treinta años por la sucesión española.

Por un momento la política de los reyes y del gobierno de España toma otra dirección y otro rumbo: se aparta de Europa y se endereza al Africa: las fuerzas navales que han quedado sin ocupación en Italia se destinan á la recuperación de Oran: empresa patriótica en que por lo menos deja de verse el egoísmo personal y el interés de familia. Un éxito feliz corona esta expedición. El pabellon español vuelve á ondear con orgullo en los torreones de Oran y en los adarves de Mazalquivir; se escarmienta al rey de Marruecos y al apóstata Riperdá, y se asegura la posesion de Ceuta. Es un brillante, aunque breve episodio del reinado del primer Borbon. ¡Ojalá se hubiera emprendido la reconquista de Argel! Mas de dos siglos hacia que el inmortal Cisneros con su ejemplo y con su voz había dicho á los españoles, señalando á la costa africana: «Hé aquí un vasto teatro que se abre á vuestras glorias: fundada os dejo la base de un imperio inmenso: la religion, la geografía, la conveniencia os llaman á dominar y á civilizar á vuestros antiguos dominadores.» De tiempo en tiempo, desde aquel hombre extraordinario, apenas ha habido un soberano español, así de una como de otra dinastía, que no haya acometido como instintivamente alguna empresa sobre el litoral africano, pero siempre como una digresion pasajera, nunca con un gran designio ulterior y como el pensamiento de una política fija y permanente. Se han gastado constantemente las fuerzas en conquistas europeas á que nuestra posición excéntrica no nos llamaba, y se ha desatendido la parte del mundo á que nos convidaban nuestra situación, nuestra fe y nuestras tradiciones. La enseña de Cisneros no ha sido seguida; la política se ha invertido; se ha dado lugar á que una nación vecina, sin los títulos, y sin la base y sin los elementos que la española, haya buscado y encontrado su engrandecimiento donde nosotros pudimos y debimos tener nuestra grandeza. ¿Se dará lugar todavía á que absorba esas escasas posesiones que aun conservamos como los hitos que señalan un futuro y posible imperio, y á que entre dos potencias avaras de dominación nos cierren con dos llaves maestras las puertas del Mediterráneo?

Una cuestión de forma sobre la investidura de los ducados de Parma y Plasencia llama al instante de nuevo la atención de España hácia aquellos dominios y da fundamento á recluir que se rompa otra vez la insegura reconciliación entre España y el Imperio. Sobreviene casi al mismo tiempo la ruidosa cuestión de Polonia; la Europa entera se agita y conmueve otra vez hondamente, y el ruido de aquellas novedades y turbaciones produce un efecto eléctrico en Felipe V, á quien se ve sacudir de repente el letargo en que yacía adormecido, y recobrar de improviso los ímpetus belicosos de su juventud. Hay quien atribuye esta súbita trasformación, no á la sensación de aquel estruendo, sino á la influencia magnética de la reina, que tras el loco pensamiento de pretender la corona de Polonia para su hijo, se fijó en él de hacerle rey de Nápoles y Sicilia, contando para esto con el rey de Francia, y aprovechando la ocasión de estar distraídas en otra parte las fuerzas de las potencias europeas. El consejero de este proyecto ya no era un agitador extranjero como Alberoni, ni un aventurero sin fe como Riperdá; era un ministro español tan sesudo como Patiño.

En efecto, confederáranse Francia, España y Cerdeña: Francia, porque quiere dar rey á Polonia; España, porque quiere los reinos de Nápoles y Sicilia para don Carlos; Cerdeña, porque quiere el Milanesado para sí: este triple egoísmo produce

la triple alianza ajustada en el Escorial. Las potencias marítimas permanecen esta vez en una neutralidad expectante. La guerra se enciende y arde viva y sangrienta entre polacos, rusos, austriacos, saboyanos, alemanes, franceses y sardos; y entre tanto el nuevo duque de Parma y de Toscana, el primogénito de Isabel Farnesio, el infante español don Carlos, emprende su expedición a Nápoles; él mismo va de generalísimo de las tropas; el pontífice le ampara y socorre a su paso, como si Roma quisiera dar a Felipe V de España una satisfacción pública del agravio que le hizo veinticinco años antes. Carlos entra en Nápoles en medio de populares aclamaciones; la victoria de Bitonto, obra del valor y de la inteligencia de Montemar, le asegura la posesión de todo el reino; y queda instalado y reconocido rey de las Dos Sicilias por el acta de cesión de su padre. Se renuevan al cabo de siglos los tiempos de los Alfonsos, los Fernandos y los Pedros de Aragón. Los derechos de ahora derivan de los de entonces. Ha triunfado la política perseverante de Isabel Farnesio.

¿Pero se da por satisfecha esta afanosa y diligente madre? No: ya que ha logrado un trono para su hijo primogénito, aspira a que su hijo segundo le suceda en los ducados de Parma y Toscana que aquel ha dejado vacantes. Pero el interés de las potencias europeas no se aviene con aquella hidropesía de amor materno. Las potencias marítimas, neutrales hasta ahora, temen ya el excesivo engrandecimiento de las naciones borbónicas, ven peligrar el equilibrio, aconsejan la paz, y la proponen haciendo armamentos y amenazando. Francia reflexiona ante aquella actitud; consulta sus intereses haciendo abstracción de los de España, y se ajusta silenciosamente con el emperador. El viejo cardenal Fleury, que cuatro años antes fué sorprendido y como abochornado con el tratado de Viena entre Austria, Inglaterra y España, hecho sin contar para nada con él, vengóse ahora en contratar él solo otro tratado con el Imperio, sin contar con nadie. Por este tratado (1735) Parma y Plasencia se cedían al emperador con Milan; Toscana al duque de Lorena. Gran sorpresa y pesadumbre para el ministro español Patiño, que se encuentra burlado por el anciano cardenal francés: gran sentimiento y pesar para Felipe V que observa la ninguna atención que le ha guardado su sobrino Luis XV: dolor é indignación grande para Isabel Farnesio, que ve humillado su orgullo de reina, herido su amor de madre, disipado su sueño de oro, repartida entre enemigos y extraños la herencia paterna que adjudicaba a su segundo hijo. España se encuentra sola; reclama, y es desoída; invoca amistades, y le responden con amenazas. El tratado se cumple, pero Isabel no se resigna; es ante todo madre de su hijo, y su hijo se ha de establecer en aquellos ducados, aunque para ello *fractus illabatur orbis*.

Otra guerra, verdaderamente nacional, vino a interponerse entre este nuevo proyecto de la reina y su ejecución, la guerra marítima entre Inglaterra y España. La Europa que en esta ocasión se cruzó de brazos, viendo y dejando que luchasen solas estas dos naciones, no dejó de considerar injusta la agresión por parte de la Gran Bretaña. Sin que nosotros neguemos que fuese un error económico de la época el aspirar a abastecer la España sola los mercados del Nuevo Mundo, y el alejar cuanto pudiera de los puertos de América los buques de otras naciones, por lo menos nacía del laudable y patriótico fin de fomentar el comercio nacional. En cambio tampoco puede desapasionadamente negarse la insaciable codicia mercantil del gabinete británico y de la nación inglesa. Quejas exageradas y relaciones absurdas de crueldades y demasías ejecutadas por ambas partes exaltaban los ánimos de uno y otro pueblo. Pedían los ingleses la guerra a voz en grito; los dos famosos ministros que no la querían, Walpole y Keene, perdieron su popularidad; Gover hacía oír cantos belicosos; el populacho hacía procesiones, se embriagaba y entonaba groseros himnos de guerra. Era excusado todo esfuerzo por la paz: el arreglo de Londres no podía satisfacer en Madrid; la convención del Pardo era rechazada en Londres. Todas las campanas de Londres tocaron a vuelo en celebridad de la declaración de guerra. En España no hubo tanta locura, pero en cambio se aceptó con una juiciosa y completa unanimidad.

Jamás un esfuerzo nacional se hizo con más gusto por todos. Se tomó como un empeño de honra, de interés, de justicia y de dignidad nacional. Así fué el resultado. La nación británica, que se consideraba como el coloso de los mares, alcanzó pocos triunfos y muchos desastres. Cuando partió de Londres el almirante Vernon con su poderosa escuadra, dábale por seguro en Inglaterra que el Nuevo Mundo iba a dejar de pertenecer a España. Cuando regresó Vernon a Londres con unos pocos buques rotos y unos pocos soldados desfallecidos, se maldecía públicamente la guerra y sus autores. España experimentó los resultados del gran fomento y del extraordinario impulso que había dado a su marina el buen ministro Patiño. ¡Qué lástima que este excelente español no gozara del fruto de su obra! Los armadores españoles se hicieron temibles en los mares de ambos mundos. Y sin embargo en aquellas frustradas tentativas de Inglaterra sobre las posesiones españolas de Indias se encerraba el germen de grandes cambios ulteriores en aquellas inmensas y apartadísimas regiones del globo.

No tuvo paciencia Isabel Farnesio para aguardar a que el reino se desembarazara de esta guerra nacional, sin emprender otra de familia. La atención de España estaba embargada en defender un Nuevo Mundo; la de la reina la absorbían su hijo y un rincón de Italia. La muerte de Carlos VI de Austria deja vacante el trono imperial. Entre los muchos pretendientes a la corona del imperio se presenta Felipe V de Borbon como descendiente de la raza primogénita de Austria por la línea masculina; alega también derecho a los reinos de Hungría y de Bohemia por los enlaces de princesas austriacas con reyes españoles. Sobradamente comprendía Isabel que el pretendiente español a los tronos de Austria, de Bohemia y de Hungría era un pretendiente sin esperanzas, pero convenía complicar más y más la guerra de sucesión que se veía venir, y que vino, adherirse a otros pretendientes vendiendo apoyos para negociar alianzas, distraer de Italia la atención y las fuerzas de María Teresa, y aprovechar la confusión general de Europa para adquirir Parma, Plasencia y el Milanesado para su hijo Felipe. Nuevos ejércitos y nuevas escuadras españolas en Italia. Alianza de los tres Borbones. Campaña desastrosa para los españoles, en que se indisciplina y se malogra un ejército, no por culpa de los generales, sino por envidia y rivalidad del ministro español Campillo, y por indiferencia y apatía del ministro francés Fleury. Apurada y comprometida situación para el intrépido y entendido Montemar.

El infante don Felipe es enviado a Italia con un ejército francés. Por el afán de ganar un pequeño Estado para Felipe pone Isabel Farnesio a su hijo Carlos en peligro inminente de perder su reino de Nápoles. Los ejércitos austro-sardos le aprietan; la escuadra británica le acosa; un capitán inglés le ultraja y humilla, le obliga a jurar una neutralidad bochornosa, y le hace retirar las tropas napolitanas. Carlos no olvidará nunca aquella humillación; guardada la tendrá en su pecho; cuando sea rey de España, traerá en su corazón esta llaga y este agravio que vengar; pero qué de calamidades habrá de costar a España el deseo, justo en su fondo, de satisfacer este agravio! Todo derivará de la indiscreta ambición de una madre. ¿A qué esta guerra de Italia, pendiente la lucha con Inglaterra? ¿Una guerra con la Gran Bretaña en los mares de Occidente: otra guerra con la mitad de Europa en Italia! Una escuadra franco-hispana combate y destroza en las aguas de Tolon la escuadra inglesa, y contra la triple alianza de Worms, entre Austria, Inglaterra y Cerdeña, responden los Borbones con la triple alianza de Fontainebleau entre Francia, Nápoles y España, principio de los pactos de familia; y Carlos de Nápoles rompe aquella mortificante neutralidad a que le han forzado, y sale de su reino a combatir al frente de sus napolitanos.

Los dos príncipes españoles, Carlos y Felipe, el uno con el conde de Gages, el otro con el príncipe de Conti, pelean valerosamente, el uno en el Mediodía, y el otro en el Norte de Italia. Laureles, aunque costosos, recogen los españoles en Campo-Santo: Carlos, vencedor en Velletri, asegura la posesión de un reino, cuya conquista le había valido algunos años an-

tes la victoria de Bitonto. Felipe se arrojaba sobre el Piamonte, salvaba montañas y desfiladeros, tomaba ciudades, mantenía en respeto al rey de Cerdeña y por entre nieves y hielos franqueaba otra vez intrépido los Alpes, y regresaba a los valles del Delfinado. Nuevos y mejor concertados planes para la campaña siguiente: nuevos esfuerzos de los Borbones: brillantes triunfos: célebres campañas: Parma y Plasencia vuelven a ser de Isabel Farnesio: su hijo don Felipe se hace dueño de Milan: regocójase la reina Isabel viendo ya en las sienas de su hijo la corona de Lombardía: hubiera muerto entonces satisfecha.

Pero la paz de Dresde cambia de improviso y por completo la situación del Norte de Europa, y deja a las potencias enemigas de los Borbones en aptitud de inundar la Italia. Tiembla y se desconcierta la corte de Versalles; se humilla a proponer un arreglo al rey de Cerdeña; se indispone con España, y se deja burlar por Carlos Manuel, a quien ella había burlado en otra ocasión. Todo se transforma en el teatro de la guerra: Felipe se ve obligado a salir de Milan: triunfan en Trebia las armas de María Teresa de Austria; apurada situación de españoles y franceses. Ya Isabel Farnesio renuncia a lo de Milan, y se conformaría con Parma y Plasencia para su hijo. Sobreviene la muerte de Felipe V, y al cerrar sus ojos al eterno sueño envía a decir a Luis XV de Francia que le encomienda y pone en sus manos la suerte de su esposa, y la de sus dos hijos Carlos y Felipe.

VI

Felipe V deja en herencia a su hijo Fernando VI la guerra de Italia en deplorable estado. Fernando no tenía en ella ni los compromisos del rey difunto, ni el interés de la reina viuda. Mandando retirar las tropas españolas de Italia a Provenza, las sacó de una situación comprometida. Los franceses, viéndose solos, se retiraron también. Grandes ventajas habrían podido sacar los austriacos de este suceso, a no haber sido ambiciosos, injustos, imprudentes y feroces. Pero el marqués Botta, tomando a Génova y tiranizándola insolentemente, hizo revivir el antiguo valor de los hijos de aquella ciudad libre, y provocó aquella revolución popular que costó tanta sangre a los soldados imperiales, que escarmentó y humilló al soberbio y desatentado general, que asustó a María Teresa de Austria, que asombró al mundo por su heroísmo, que hizo volver en sí a los ejércitos de los Borbones, y que españoles y franceses reunidos, volvieron a invadir la Italia, conquistaron ciudades, y tomaron de nuevo la ofensiva, poniendo otra vez en aprieto a Austria y Cerdeña.

Fernando VI ha cumplido los deberes de hijo y de hermano sosteniendo la guerra con honra; pero quiere cumplir los deberes de monarca devolviendo a su pueblo la paz de que tanto necesita. Negocia con Inglaterra por mediación de Portugal: entiéndense las cortes de Londres, Madrid y Lisboa: Francia teme la separación de España, necesita igualmente de reposo para matar la enormísima deuda que la agobia, y propone también la paz. Holanda la desea, porque luchar más es exponerse a ser borrada del catálogo de las potencias de Europa. El sentimiento es unánime, y de común acuerdo se fijan los preliminares. Solo disienten María Teresa de Austria é Isabel Farnesio de España. Pero aquella cede ante la enérgica intervención de Inglaterra; esta ante la perspectiva halagüeña de la colocación de su hijo. Firmase, en efecto, la paz de Aquisgran, en que se estipula la cesión de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe. Otra vez ha triunfado la política perseverante de Isabel Farnesio: ha extenuado la España con treinta y cuatro años de guerra, pero ha hecho dos patrimonios en Italia a sus dos hijos. Largas, sangrientas y porfiadas luchas ha costado a Europa aquel amor de madre. Las potencias reposan: no es poco, pero es lo único que cada una ha sacado de la paz, porque quedaban, poco más o menos, como antes de la guerra.

Otra política se inaugura en España con Fernando VI. Es la política opuesta a la de su madrastra: la paz es su norte: se apresura a hacerla con la Gran Bretaña, la cual renuncia al Asiento, mediante una indemnización de cien mil libras esterlinas, y se renuevan los anteriores tratados de navegación y

de comercio. ¡Lástima grande, y omisión sensible, la de no haberse zanjado en aquella ocasión la cuestión impertinente y odiosa del derecho de visita!

Desde entonces sigue Fernando VI con inalterable perseverancia su sistema de pacífica neutralidad. Todos los historiadores han reparado en este principio, que formó la base de la política de este monarca; algunos han ensalzado su conveniencia; ninguno que sepamos ha hecho resaltar como merece la manera ingeniosa y hábil con que Fernando supo sostener el difícilísimo sistema de equilibrio que se propuso. Podría ser limitado el talento de Fernando VI, inferior al de su padre, como algunos suponen, pero al menos para esto habrán de concedernos que le tuvo especial. No bastaba ser pacífico por carácter, y ser neutral por inclinación: era menester serlo con maña y sostenerlo con dignidad; con dignidad de rey y con dignidad de la monarquía; con real entereza y con independencia nacional. Esto hizo Fernando.

Rodeado de ministros de gran capacidad y de opuestas ideas políticas, elegidos por él con tino y de propósito porque eran así, para lo cual si no se requiere gran talento, se necesita recto y buen sentido (la primera y más apreciable cualidad en príncipes y gobernantes), fué a nuestros ojos un gran mérito el de dejar a cada uno de estos ministros funcionar dentro de su órbita, equilibrar sus influencias, mantenerlos sin ruptura, saber buscar el nivel entre la atracción y la repulsión. Tal fué su conducta con Ensenada y Carvajal. Si la muerte le privaba de la asistencia y consejo de uno de estos ministros, reemplazaba la persona, pero conservaba el pensamiento. Wal venía a ser la continuación de Carvajal. Si alguno llevaba su gestión y su parcialidad más allá del círculo trazado a su influencia, en términos de peligrar el mantenimiento de la neutralidad, Fernando con digna severidad le separaba de su lado y de su corte. Esto hizo con Ensenada. Pero sustituyendo la persona, conservó sus hechuras en las secretarías, y buscó ministros que representaran su política y su pensamiento, modificado y corregido. Tales eran Valparaíso y Eslaba.

Solicitado Fernando, acosado continuamente por dos ministros extranjeros, representantes de dos naciones rivales, el uno activo, eficaz, agencioso, el otro mañoso, reservado y circunspecto; el uno para inclinarle a Francia, el otro para hacerle propender a Inglaterra, Fernando acariciaba igualmente a ambos diplomáticos sin dar motivo de queja a ninguno. Así se condujo años y años con los embajadores francés é inglés, Duras y Keene. Y cuando observó que el uno avanzaba más de lo conveniente, pidió y obtuvo su separación. Cayó Duras por la misma ó semejante causa que Ensenada; por querer comprometerle en el Pacto de familia. Severo en este punto con los ministros propios, no lo fué menos con los extraños. Hostigado sin cesar por ambas naciones, halagado y mimado las mas veces, algunas apretado, y amenazado otras, desairó a ambas sin ofenderlas, y no se indispuso con ninguna: las dos le respetaron, y se mantuvo independiente de las dos. Esto no podía hacerse sin habilidad.

La alianza de Aranjuez entre España, Austria y Cerdeña, fué protestada por el rey de Nápoles, y excitó reclamaciones de parte del rey de Francia. Fernando la llevó a cabo, no obstante la protesta del hermano y las reclamaciones del primo. En esto mostró la firmeza de un soberano, para quien era todo la conveniencia de su reino, poco ó nada ante la conveniencia nacional los lazos y los afectos de familia. Inglaterra, por el contrario, solicita adherirse al tratado de Aranjuez: la adhesión de una potencia más, y potencia tan poderosa como la Gran Bretaña, parece que hubiera debido lisonjear é interesar a un soberano: y sin embargo, Fernando VI la rehusa cortésmente; la respuesta del ministro Carvajal fué ingeniosa y urbana; la conducta del monarca español un rasgo de fina política.

A sostener dignamente esta difícil posición le ayudaba mucho la reina. Habilísimamente supo deshacer los artificiosos manejos de la duquesa de Duras; las respuestas de Bárbara de Braganza nos recuerdan las que solía dar en parecidos casos Luisa de Saboya. Tampoco de esta lucha diplomática habrían podido salir airosos con escaso ó mediano entendimiento.